

¿En qué playas?

A propósito de toda la discusión que ha tenido lugar esta semana sobre la situación política de Venezuela (semana del 20 al 26 de enero), he tenido a bien escribir estas líneas por dos razones. Primero para recordar el beneficio histórico que significó la decisión del presidente Cárdenas, allá en los finales de los años 30s del siglo pasado, de recibir a exiliados republicanos españoles y, por una serie de preguntas para las que no encuentro respuesta, generadas con motivo de la postura del hoy Presidente ante la situación en Venezuela.

He de decir que recuerdo con mucho cariño y admiración todas las historias de mi abuela sobre lo vivido por ella en la guerra civil española y su largo peregrinar por distintos países del mundo, hasta llegar a Puebla. Lugar que se convertiría en su hogar y lugar de descanso eterno.

Siempre tuvo clara su nacionalidad, ella era Mexicana. Claridad que entiendo yo, nació con los años, producto de un enorme agradecimiento con su patria adoptiva. Que la libró de las bombas y metralla de una guerra y causada por consignas de dos bandos imposibles de entender para una niña de su edad.

Lo que no nació con los años, fue su agradecimiento hacia una persona; el presidente Lázaro Cárdenas. Cada que mencionaba los capítulos sobre su llegada a México, la Abuela no dejaba de mencionar que todo había sido gracias a él. Que, por sus órdenes, México, había recibido a su familia -que llegó por separado en varias tandas- en Veracruz. Y que, incluso, les había entregado sus primeros pesos para pasar la navidad del 40 y empezar una vida en este país.

Reflexionando en estos días, que tanto se ha hablado sobre la doctrina estrada, la “libre autodeterminación de los pueblos” y la “no intervención”, me he preguntado si nuestro Presidente, situado en los años treinta y cuarenta hubiera acogido a tantos refugiados españoles (se habla de entre veinte y veinticinco mil) y roto relaciones, no con España, sino con el gobierno del General Franco. Desafortunadamente, por más que trato de convencerme de lo contrario, pareciera que no.

Cuando mucho, imagino que nuestro hoy presidente se habría parado en una de sus conferencias de prensa mañanera y hubiera señalado que el gobierno de México está abierto a ser un canal de comunicación y diálogo entre el general Francisco Franco y la República Española. Pero hasta ahí. Nada de tomar partido, ningún señalamiento a las formas de represión, ni a los fusilamientos y ejecuciones del régimen franquista, nada. No vaya a ser que se considere que estamos “interviniendo” en los asuntos de España.

Traiciona con ello Andrés Manuel López Obrador su propia historia. Lo afirmo así porque parece que ha olvidado que él también es nieto de un refugiado español. Que al menos parte

de su familia también se benefició de la decisión del Presidente Cárdenas de no reconocer nunca el gobierno de Francisco Franco en España. Decisión que, además, sería permanente para nuestro país, ni siquiera la Unión Soviética que sí aportó armas, soldados y dinero a la república durante la guerra, se mantendría fiel a sus amigos republicanos durante tanto tiempo como México.

Y no debemos confundirnos, la actitud de México ante lo que sucedió en España, no fue solo recibir refugiados, fue de activa denuncia en foros internacionales. Tampoco fue aislada, México protestó cuando la Italia de Mussolini invadió Etiopía, denunció al Tercer Reich cuando se anexó a Austria y al invadir Checoslovaquia. Con ello, sin duda tomó partido, decidió intervenir, no con las armas, sino con la diplomacia, con la pluma en lugar de la espada.

Entonces me atacan las preguntas. ¿En qué playas habrían desembarcado los refugiados españoles sin Cárdenas y su bienvenida? ¿Se habría visto México beneficiado de tantos intelectuales españoles refugiados en nuestras tierras? ¿Existiría el Colegio de México? ¿Podríamos estudiar los libros de Rodríguez y Rodríguez? ¿Mis abuelos habrían llegado a México? Quizá no, por más que duela decirlo. Probablemente habrían llegado todos ellos a otras playas, a otros puertos y otras ciudades.

Nos debe de llenar de orgullo a los mexicanos, que nuestro país, jamás tuvo relación diplomática alguna con el gobierno de Francisco Franco. Que tomamos partido, que estuvimos del lado del más débil alguna vez, que nos paramos del lado de nuestros amigos y los defendimos de los poderosos que querían destruirlos, asesinarlos, encarcelarlos, silenciarlos.

Hoy que sucede algo parecido -entiendo que hay muchas diferencias- en Venezuela, quizá habría que tomar una postura distinta a la que el gobierno mexicano ha asumido. Quizá debiéramos por lo menos pensarlo dos veces antes de ponernos una venda en los ojos y decir que nuestro gobierno no debe tomar partido en los asuntos políticos de otros países. Sería prudente -y también obligatorio- denunciar las violaciones a derechos humanos y estar del lado del que las sufre, no del que las pretende perpetuar en un régimen que tanto daño ha causado a un pueblo.

Julián San Martín Díaz